

El Uno

Una reinterpretación filosófica del Material Ra, La Ley del Uno, como narrativa accesible. Explora la cosmología, el Creador, las densidades y el propósito de la existencia.

• • •

CAPÍTULO CUATRO

Historia Espiritual de la Tierra

Un Planeta de Múltiples Orígenes

La creación tiene una arquitectura: el infinito despertando hacia la conciencia, la conciencia enfocándose en Amor, el Amor generando Luz, y esa Luz condensándose en el espectro de densidades a través del cual evoluciona la conciencia. Todo esto describe lo que es posible. Aún no describe lo que sucedió aquí.

Este capítulo pasa de lo universal a lo particular. De la plantilla a la historia. La Tierra es un caso específico dentro del vasto diseño, y su historia es distinta a la de la mayoría de los mundos.

La mayoría de las esferas planetarias desarrollan sus poblaciones de tercera densidad mediante un proceso único y gradual. Los seres de segunda densidad evolucionan a través de su largo esfuerzo hacia la luz y el crecimiento hasta que, en el momento señalado, la autoconciencia se enciende dentro de ellos. Un solo linaje, un solo mundo, un solo despliegue. La Tierra es diferente.

Esta esfera se convirtió en un lugar de reunión: una convergencia de almas provenientes de muchos orígenes, cada una portando la impronta de su propia historia. Algunas llegaron mediante la evolución natural del planeta mismo, graduándose de segunda densidad hacia la desconcertante nueva experiencia de la autoconciencia. Otras fueron traídas aquí desde otros lugares de este sistema solar, pues sus mundos de origen ya no eran hospitalarios para las lecciones que necesitaban aprender. Otras más vinieron de sistemas distantes, atraídas por circunstancias que se aclararán conforme esta historia se despliegue.

El resultado es una población planetaria de extraordinaria diversidad, no en el sentido físico visible, sino en los patrones más profundos de la conciencia. Seres en etapas vastamente diferentes de desarrollo, portando historias vastamente diferentes, todos comparten un mundo. Todos enfrentan la misma elección. Todos operan detrás del mismo velo del olvido.

Esta complejidad es tanto la dificultad como la belleza de la situación de la Tierra. El continuo espacio/tiempo del planeta ya ha entrado en espiral hacia la vibración de cuarta densidad. Sin embargo, sus pueblos no han encontrado una orientación unificada. La cosecha, tan regular en su aproximación como el golpear de un reloj, encuentra a pocos que estén listos.

Comprender cómo llegó esto a ser requiere mirar hacia atrás, muy atrás, hacia eventos que se desplegaron mucho antes de que cualquier civilización dejara rastro en el registro geológico. La

historia no comienza con la Tierra, sino con un mundo que ya no existe.

• • •

Maldek: La Advertencia Cósmica

En este sistema solar, entre las órbitas de lo que ahora se llama Marte y Júpiter, existió una vez un planeta. Su pueblo había desarrollado una civilización algo similar a lo que más tarde surgiría como Atlantis: tecnológicamente sofisticada, ambiciosa y profundamente volcada en la creencia de que sus acciones servían al bien mayor.

No eran, según su propia estimación, destructivos. La mayoría sostenía una estructura de creencias sincera que parecía, según su percepción, ser positiva y de servicio a otros. Sin embargo, su orientación se había desviado, silenciosa y sin reconocimiento consciente, hacia patrones mejor descritos como servicio a sí mismo. La distinción entre el servicio genuino y la mera apariencia de él puede ser sutil, y una civilización entera puede perder su rumbo mientras cree estar en curso.

Si su historia hubiera continuado sin catástrofe, el resultado probablemente habría sido una cosecha mixta: unos pocos progresando hacia el amor, unos pocos hacia el autoservicio, la gran mayoría repitiendo el ciclo. Esta es la tragedia silenciosa de la indiferencia: no el fracaso dramático, sino la lenta erosión de la oportunidad mediante la inacción.

Pero la historia no continuó silenciosamente. Hace aproximadamente setecientos cinco mil años, la escalada del conflicto culminó en la destrucción completa de la esfera planetaria. No una devastación parcial. El planeta mismo fue aniquilado. Lo que permanece ahora se conoce como el cinturón de asteroides.

Las consecuencias fueron distintas a todo lo que sigue a la muerte ordinaria. Cuando un planeta es destruido, la disolución es total. En este caso, ninguna entidad escapó. La población entera quedó atrapada en lo que solo puede describirse como un nudo: un enredo de miedo colectivo tan denso, tan apretadamente enrollado, que ninguna conciencia podía extraerse.

No podían morir en el sentido ordinario, no podían seguir adelante, ni siquiera podían reconocer que aún existían. Durante lo que pareció una eternidad, permanecieron congelados en esta condición, inalcanzables.

Aquellos que buscaban ayudar —seres de densidad superior que sirven como guardianes y sanadores— fueron repetidamente incapaces de penetrar este nudo. El miedo era demasiado completo, el enredo demasiado profundo.

No fue sino hasta hace aproximadamente doscientos mil años que un miembro de la Confederación pudo comenzar a aflojar el enredo. Lentamente, con paciencia inconmensurable, las entidades dentro del nudo fueron guiadas de vuelta hacia la conciencia. Recordaron que existían. Recordaron que eran conscientes.

Lo que siguió fue un largo proceso de sanación en lo que puede entenderse como las dimensiones internas: el espacio metafísico donde mora la conciencia entre encarnaciones. Cuando esta sanación fue suficiente, las entidades del mundo destruido enfrentaron una elección. Las consecuencias de sus acciones colectivas no podían simplemente borrarse. El camino hacia adelante requería lo que podría llamarse alivio kármico: una aceptación voluntaria de condiciones que permitirían que las distorsiones de la destrucción fueran gradualmente reemplazadas por el deseo de una visión menos distorsionada del servicio.

Su elección fue notable. Hace aproximadamente cuarenta y seis mil años, comenzaron a encarnar en la Tierra, no en cuerpos de tercera densidad apropiados para las lecciones de la autoconciencia, sino en formas físicas de segunda densidad. Cuerpos sin la destreza ni la capacidad de manipulación apropiada para el funcionamiento de la mente de tercera densidad. Su conciencia seguía siendo de tercera densidad, pero el vehículo estaba deliberadamente limitado. Las entidades del mundo destruido eligieron comenzar de nuevo, desde una condición de profunda humildad, en una esfera que no era la suya.

Esta es la primera lección de la historia planetaria: las consecuencias de la acción colectiva se extienden mucho más allá de la vida de una civilización. Un mundo puede ser destruido. Los seres sobre él no son destruidos —la conciencia no puede ser aniquilada— pero las secuelas pueden persistir durante cientos de miles de años. El miedo generado por tal evento se convierte en su propia prisión.

. . .

Marte y el Comienzo del Ciclo de la Tierra

Mientras las entidades del mundo destruido aún sanaban en las dimensiones internas, otra historia se desplegaba en el cuarto planeta desde el sol: el mundo conocido como Marte, el Planeta Rojo.

Los seres de Marte eran entidades de tercera densidad, comprometidos en el mismo trabajo fundamental de toda conciencia autoconsciente: aprender las lecciones del amor. Sin embargo, sus tendencias hacia la acción belicosa —el hábito de resolver diferencias mediante el conflicto en lugar del entendimiento— tuvieron consecuencias que se extendieron más allá de sus estructuras sociales. La atmósfera de su planeta se volvió inhóspita para la experiencia de tercera densidad antes del final natural de su ciclo. Quedaron, en efecto, sin hogar: aún necesitando aprender, pero ya sin poseer un mundo en el cual hacerlo.

La respuesta vino de aquellos conocidos como los Guardianes: seres de densidad superior encargados de supervisar las condiciones del desarrollo evolutivo dentro de este sistema solar. Los Guardianes prepararon un camino para que las entidades de Marte continuaran su aprendizaje. Mediante un proceso de ajuste genético —una cuidadosa modificación del diseño del vehículo físico— la conciencia de la población marciana fue transferida a la Tierra.

Esta no fue una migración física. Las entidades ya habían partido de sus cuerpos en Marte. Lo que se transfirió fue el patrón de su ser, preparado para la encarnación en formas físicas recién diseñadas en un nuevo mundo.

Esta transferencia ocurrió hace aproximadamente setenta y cinco mil años. Marcó el comienzo de la experiencia de tercera densidad de la Tierra: la apertura del ciclo maestro de evolución autoconsciente que continúa hasta hoy.

La transferencia misma se convirtió en fuente de controversia entre los Guardianes. Los ajustes genéticos realizados para acomodar a las entidades marcianas fueron vistos, por algunos, como una restricción del libre albedrío. La evolución natural y gradual de segunda a tercera densidad —un proceso que permite a cada entidad desarrollarse a su propio ritmo— había sido interrumpida y alterada por intervención externa.

En respuesta a esta preocupación, se instituyó una cuarentena alrededor de la Tierra. Este aislamiento protector aseguró que no ocurriera más interferencia directa: que la población de

este planeta resolviera su destino mediante sus propias elecciones, sus propias luchas, su propio entendimiento lentamente ganado.

La cuarentena permanece vigente. Solo puede ser traspasada bajo condiciones específicas y cuidadosamente reguladas.

Al comienzo de este ciclo de setenta y cinco mil años, la población de la Tierra era una mezcla: aquellos que se habían graduado naturalmente de la vida de segunda densidad del propio planeta, y aquellos transferidos desde Marte. La duración de vida al inicio era de aproximadamente novecientos años: tiempo amplio, dentro de una sola encarnación, para que una entidad descubriera sus necesidades más profundas, aprendiera el compañerismo, encontrara belleza y misterio, y comenzara el largo trabajo de elegir una orientación.

La tercera densidad es la densidad del olvido. Cada entidad encarna detrás de un velo que oculta sus orígenes cósmicos, sus vidas previas y la unidad de todas las cosas. Esta condición no es un castigo. Es un diseño: el único arreglo bajo el cual la elección entre caminos se vuelve genuinamente significativa. Sin el olvido, la elección sería obvia y carecería de la profundidad transformadora que la incertidumbre proporciona.

El ciclo maestro de setenta y cinco mil años se divide en tres ciclos mayores de aproximadamente veinticinco mil años cada uno, con una oportunidad de cosecha al final de cada ciclo. La historia de la Tierra es la historia de estos tres ciclos, y de lo que se aprendió, y no se aprendió, dentro de cada uno.

. . .

El Primer Ciclo Mayor: Lemuria

El primer ciclo mayor de la experiencia de tercera densidad de la Tierra se caracterizó por un desarrollo primitivo. Las entidades —ya fueran originalmente de Marte, de los propios procesos evolutivos de la Tierra, o de otros lugares— vivían con sencillez. Sus herramientas eran de madera y piedra, usadas para obtener alimento y, a veces, para la agresión. No existía maquinaria, no surgió tecnología alguna, y el ritmo del aprendizaje era el de la tortuga, no el del guepardo.

Sin embargo, dentro de esta simplicidad, algo genuino emergió. Hace aproximadamente cincuenta y tres mil años, surgió una civilización en una región que ya no se encuentra sobre la superficie del océano: el pueblo de Mu, o Lemuria, como las tradiciones posteriores lo recordarían. Eran seres de naturaleza algo primitiva, pero portaban una conciencia espiritual avanzada. Su sociedad era servicial e inofensiva, orientada no hacia la conquista sino hacia una forma de ser silenciosa y arraigada.

Los lemurianos habían venido de otro lugar: provenían en gran medida de un planeta de segunda densidad en la región de la estrella Deneb, un mundo cuyo sol envejecido había dificultado sostener las condiciones necesarias para la vida de tercera densidad. En la Tierra, encontraron lo que su hogar ya no podía proporcionar: el entorno para continuar aprendiendo.

Su civilización no cayó por fracaso propio. Un reajuste de las placas tectónicas del planeta —un proceso natural, no relacionado con las acciones de sus habitantes— sumergió a Lemuria bajo el océano. Los sobrevivientes se dispersaron, alcanzando lo que ahora se conoce como Rusia, América del Norte y América del Sur. Los pueblos indígenas de las Américas portan el eco de este origen.

La destrucción de Lemuria coincidió aproximadamente con el final del primer ciclo mayor: una confluencia de energías al cierre de un período de veinticinco mil años que alentó lo que ya era un ajuste geológico inevitable.

Al cierre de este primer ciclo, se evaluó la cosecha. El resultado fue aleccionador. Ninguna entidad era cosechable, ni orientada positiva ni negativamente. La población entera había pasado por veinticinco mil años de encarnación sin polarización suficiente para graduarse.

La respuesta de la Confederación fue significativa en lo que no hizo. No ocurrió intervención dramática alguna: ni rescate, ni corrección, ni intento de dirigir a la población hacia un mejor resultado. La Confederación permaneció consciente de la situación y preservó las condiciones propicias para el aprendizaje.

Pero no actuó, porque no había habido llamado: ninguna petición de la población pidiendo ayuda o entendimiento. El principio del libre albedrío, la primera y más sagrada distorsión, tuvo precedencia sobre cualquier deseo de asistir.

Esta contención revela algo esencial sobre la naturaleza de la evolución espiritual. El universo no fuerza el crecimiento. La ayuda está disponible —vasta, paciente, ansiosa por servir — pero espera. Espera a que se le pida.

• • •

El Segundo Ciclo Mayor

El segundo ciclo mayor comenzó bajo la sombra de la desaparición de Lemuria. Aquellos que habían sobrevivido a la inundación continuaron su aprendizaje en lugares dispersos: las Américas, Rusia y más allá. Pero ninguna gran civilización surgió para reemplazar lo que se había perdido.

En términos de desarrollo tecnológico, este ciclo no produjo grandeza comparable a Lemuria o a lo que Atlantis llegaría a ser después. Sin embargo, el período no careció de significado. En muchas porciones del planeta —las Américas, África, Australia, India y entre diversos pueblos dispersos— el centro de energía de rayo verde comenzó a activarse. Los primeros impulsos de compasión genuina, de amor no meramente como instinto sino como orientación consciente, aparecieron en comunidades aisladas alrededor del mundo.

En lo que ahora es China, entidades originalmente del sistema estelar Deneb lograron algún avance en organizar sus estructuras sociales. Pero estos permanecieron como desarrollos modestos, lejos de los logros concentrados de una civilización unificada.

La historia más notable de este ciclo pertenece a un grupo en América del Sur: aislado geográficamente, desconocido para la población mayor, pero profundamente significativo en la medida del logro espiritual. Este grupo, mediante su orientación hacia el amor, mantuvo la duración de vida que había estado disponible al comienzo del ciclo maestro: aproximadamente novecientos años. Mientras el resto de la población del planeta veía colapsar su duración de vida, esta comunidad preservó lo que había sido dado.

Eran cosechables al final del segundo ciclo mayor sin haber formado nunca complejos sociales o tecnológicos fuertes. Su logro fue puramente interno: una distorsión vibratoria hacia el amor tan grande que constituía preparación para la siguiente densidad.

Lograron esto mediante el aislamiento. En aquel nexo de espacio y tiempo, el gran aislamiento era posible. Apartados de los patrones belicosos y la creciente complejidad de la población más amplia, pudieron sostener una orientación que el resto del mundo estaba perdiendo.

Para la población más amplia, el segundo ciclo fue un período de declive. La duración de vida, que había comenzado en novecientos años, se acortó dramáticamente. Al final de este

ciclo, la encarnación promedio duraba quizás treinta y cinco a cuarenta años, con una duración de vida cercana a los cien años considerada no anormal pero ciertamente no común.

Este acortamiento no fue arbitrario. Seguía un principio: cuando una entidad no hace uso de las oportunidades de aprendizaje que una encarnación proporciona, la encarnación misma se vuelve más corta. Las lecciones de compartir, de dar, de recibir en gratitud libre —cada una de estas estaba siendo ofrecida y rechazada en la práctica.

El concepto de trueque dio paso al dinero. El concepto de no-posesión cedió al concepto de posesión. El comportamiento belicoso se extendió de tribus y naciones hacia las relaciones personales. Cada refinamiento del egoísmo creó nuevas formas de demostrar ya sea servicio a otros o servicio a sí mismo, y la mayoría no eligió ninguno con suficiente intensidad.

El acortamiento de la vida es tanto una misericordia como una restricción. Retira a una entidad de una intensidad de experiencia que no puede soportar y permite una revisión más frecuente entre encarnaciones. Pero también reduce el tiempo disponible para el trabajo sostenido que conduce a la transformación genuina.

Al cierre del segundo ciclo mayor, la población de la Tierra era de aproximadamente trescientas cuarenta y cinco mil entidades encarnadas. De estas, aproximadamente ciento cincuenta eran cosechables.

Ciento cincuenta de cientos de miles. La cosecha del segundo ciclo no fue cero, pero fue ínfimamente pequeña. Cincuenta mil años de encarnación, olvido, aprendizaje, muerte, revisión y nueva encarnación, y el resultado, medido en términos de evolución consciente, fue apenas perceptible.

El tercer y último ciclo estaba por comenzar. Traería tanto los mayores logros como las mayores catástrofes en la historia espiritual de la Tierra.

. . .

El Surgimiento de Atlantis

El tercer ciclo mayor se abrió con nuevas posibilidades. El Consejo que supervisa la encarnación dentro de este sistema solar tomó acción, no interviniendo en los asuntos de la población existente, sino permitiendo la entrada de entidades adicionales de tercera densidad desde otros lugares. Estos no eran errantes de densidades superiores, sino seres que buscaban más experiencia de tercera densidad. Su entrada fue dispuesta aleatoriamente, de modo que no se impusiera ningún sesgo ni dirección particular.

Entre aquellos que encarnaban durante este período, un nuevo complejo social comenzó a formarse. Hace aproximadamente treinta y un mil años, en una región que ya no existe sobre la superficie del océano, la civilización que llegaría a conocerse como Atlantis comenzó su lenta emergencia.

Durante sus primeros quince mil años, Atlantis fue agraria. Creció lentamente, sin la ambición tecnológica que más tarde la definiría. Su pueblo trabajaba la tierra, formaba comunidades y se dedicaba al trabajo silencioso de construir una estructura social. No había nada dramático en este período temprano, nada que sugiriera lo que vendría.

Entonces surgió un llamado. Entre la población atlante, un número suficiente de entidades se orientó hacia el entendimiento y hacia el servicio a otros. Su búsqueda colectiva —medida no por la intención individual sino por lo que podría entenderse como el cuadrado del deseo combinado del grupo— superó la resistencia integrada de aquellos que no estaban buscando. Este llamado fue escuchado.

La Confederación respondió. No con intervención física directa, sino mediante los mismos medios por los cuales las verdades más profundas siempre han sido transmitidas: a través de canales, mediante impresiones sobre la conciencia, mediante inspiración. Aproximadamente al mismo tiempo, entidades de la Confederación también aparecieron en los cielos sobre lo que ahora es Egipto: un esfuerzo paralelo, dirigido a una población diferente pero impulsado por el mismo deseo de servir.

Lo que la Confederación ofreció no fue tecnología por sí misma. La enseñanza inicial concernía al misterio de la unidad: los fundamentos filosóficos de la existencia, la naturaleza de la creación una, los principios que capítulos anteriores de esta obra ya han descrito. Solo cuando

se hicieron peticiones de sanación y de entendimiento práctico se extendió lo compartido hacia los cristales y la construcción de estructuras piramidales.

Los templos que surgieron en Atlantis no eran instituciones religiosas como las culturas posteriores las entenderían. Eran centros de aprendizaje. Aquellos que servían dentro de ellos no eran sacerdotes en el sentido de celibato, obediencia o pobreza. Estaban dedicados al aprendizaje: a las disciplinas de sanación, del trabajo con cristales, de la aplicación directa de la Energía Inteligente mediante la conciencia enfocada.

Este fue el punto más alto de la civilización atlante: un período en el cual la tecnología y el entendimiento espiritual avanzaron juntos, en el cual las herramientas de la creación fueron usadas para la sanación y para el refinamiento de la conciencia. Los poderes del cristal, en particular, representaron un logro notable: la capacidad de enfocar la Energía Inteligente mediante instrumentos físicos cuidadosamente preparados, amplificando las capacidades naturales del sanador y del buscador.

Sin embargo, incluso en este florecimiento, se había plantado una semilla de dificultad. Los mismos individuos que habían sido entrenados en el trabajo con cristales y sanación comenzaron a involucrarse en la estructura gubernamental. La línea entre servir al pueblo y dirigir al pueblo es delgada, y en Atlantis, esa línea comenzó a difuminarse. Poderes que habían sido desarrollados para la sanación comenzaron a aplicarse al gobierno. Herramientas de iluminación comenzaron a usarse como herramientas de influencia.

La Confederación, mirando hacia atrás a este período, reconoce una verdad difícil: el compartir directo de tal información fue, en parte, un error. Aquellos dentro de la Confederación que la ofrecieron actuaban desde el mismo impulso que, en su propio pasado distante, había conducido a errores similares. La ingenuidad era sincera y la intención era enteramente positiva, pero la suposición de que la transferencia directa de información necesariamente produciría resultados positivos demostró, una vez más, ser insuficiente.

Las consecuencias de este error de cálculo no serían plenamente visibles durante miles de años. Por ahora, Atlantis se encontraba en la cúspide de su desarrollo: tecnológicamente avanzada, espiritualmente comprometida, y al borde de una elección que resonaría a través del resto de la historia de la Tierra.

La Caída de Atlantis

La corrupción de Atlantis no sucedió de repente. Creció desde dentro: de la delgada línea entre servir al pueblo y dirigirlo, entre el uso responsable del poder y la intoxicación con él. La tecnología de cristales que había sido dada para la sanación comenzó a volverse hacia otros propósitos.

Hace aproximadamente once mil años, estalló la primera de las guerras. La tecnología que había sido compartida para el refinamiento de la conciencia fue convertida en arma. Poderes de cristal diseñados para canalizar la Energía Inteligente hacia la sanación fueron redirigidos hacia la destrucción. El resultado fue catastrófico: aproximadamente el cuarenta por ciento de la población atlante partió de tercera densidad mediante la desintegración de sus cuerpos físicos.

El segundo y más devastador conflicto le siguió. Hace aproximadamente diez mil ochocientos años, la fuerza completa de la tecnología atlante fue desatada en lo que solo puede llamarse destrucción de escala nuclear: armas de cristal junto con otros medios de aniquilación, creando una configuración que cambió la faz de la tierra. La gran masa terrestre de Atlantis, ya dañada, fue inundada. El océano reclamó lo que la guerra no había tomado.

El hundimiento final ocurrió hace aproximadamente nueve mil seiscientos años. Lo que había sido la civilización más avanzada del planeta había desaparecido: sus estructuras bajo el agua, su conocimiento disperso, su pueblo desplazado a través del mundo.

No todo se perdió. Tres grupos de atlantes orientados positivamente habían partido antes de la devastación final, ubicándose en las áreas montañosas de lo que ahora se conoce como Tíbet, Perú y Turquía. Estos fueron los sobrevivientes que llevaron adelante los fragmentos del entendimiento original que habían podido preservar.

La caída de Atlantis hace eco de la destrucción de Maldek, aunque no llegó tan lejos. Maldek fue aniquilado enteramente; Atlantis fue inundada: un mundo dentro de un mundo, perdido pero no borrado. En ambos casos, el patrón es el mismo: la tecnología supera a la sabiduría, el poder se obtiene antes de la madurez para ejercerlo, y las consecuencias son soportadas no solo por aquellos que tomaron las decisiones sino por la esfera planetaria entera durante miles de años por venir.

La Confederación, reflexionando sobre su papel, reconoce responsabilidad. La enseñanza que había sido ofrecida fue pervertida: la tecnología de cristales destinada a sanar se convirtió en arma. La intención sola no es suficiente. La Confederación se comprometió a permanecer con los pueblos de la Tierra hasta que todos los rastros de las distorsiones de sus enseñanzas hayan sido abrazados por sus distorsiones opuestas y se logre el equilibrio.

Este compromiso continúa.

. . .

Egipto y las Pirámides

Después de la caída de Atlantis, la Confederación abordó el trabajo de servicio con mayor cautela. La lección había sido aprendida: el compartir directo de tecnología, sin importar cuán bien intencionado, conlleva riesgos que no pueden preverse. Se necesitaba un nuevo método.

La región conocida como Egipto se convirtió en el foco del siguiente esfuerzo mayor. El primer acercamiento, hace aproximadamente dieciocho mil años, involucró escanear a la población en busca de búsqueda genuina: un interés suficientemente profundo para constituir un llamado. En ese momento, el complejo social era demasiado autocontradicitorio en sus creencias. No había llamado apropiado, y el esfuerzo fue retirado sin acción.

El segundo acercamiento fue más prolongado y más deliberado. Cuando el llamado había crecido suficientemente, ciertos miembros de la Confederación eligieron caminar entre el pueblo de Egipto, no mediante encarnación sino mediante la materialización de formas físicas, apareciendo como hermanos entre hermanos. Vinieron a enseñar.

Pero por cada palabra hablada, treinta impresiones fueron dadas por su propio ser: impresiones que confundían en lugar de clarificar. El intento fue breve, y aquellos que habían venido se retiraron, reconociendo que la presencia directa creaba distorsiones que no podía controlar.

Lo que siguió fue una estrategia enteramente diferente. Basándose en el conocimiento de la tecnología de cristales y piramidal que había sido desarrollada en Atlantis, y ajustando por las diferencias entre las dos culturas, se ofreció un plan al Consejo que supervisa este sistema solar: la construcción de estructuras piramidales para sanación y para el alargamiento de la encarnación. El Consejo aprobó.

La Gran Pirámide fue formada hace aproximadamente seis mil años, no construida mediante labor física, sino creada mediante pensamiento. Las piedras están vivas, compuestas de forma-pensamiento en lugar de material extraído de canteras. La estructura fue diseñada para parecer construida convencionalmente, bloque por bloque, a fin de preservar el misterio y prevenir la adoración de sus constructores. Otras pirámides siguieron durante los siguientes mil quinientos años, usando materiales más convencionales.

El propósito de las pirámides era doble. Primero, servían como lugares de iniciación: ambientes precisamente orientados para que el flujo del Infinito Inteligente pudiera ser enfocado mediante la geometría de la estructura, canalizado a través del iniciado, y usado para purificar la conciencia. El proceso requería que la mente fuera iniciada antes que el cuerpo: el descubrimiento de la verdadera identidad de la mente era el prerequisito. Entonces el cuerpo era llevado a un estado semejante a la muerte para que una nueva conciencia pudiera comenzar.

Segundo, las pirámides servían como instrumentos de sanación. Un sanador apropiadamente preparado, trabajando con tecnología de cristales dentro de la estructura piramidal, podía interrumpir temporalmente la configuración distorsionada de los centros de energía de un paciente, ofreciendo una oportunidad para que el paciente captara una ruta más equilibrada, para caminar adelante con las distorsiones de la enfermedad grandemente disminuidas. La sanación nunca era impuesta; era ofrecida. El paciente tenía que desearla.

Seis pirámides de equilibrio y cincuenta y dos estructuras adicionales fueron colocadas alrededor del planeta, formando una red destinada a equilibrar la energía de la red planetaria misma. El planeta, como una persona, tiene centros de energía que pueden distorsionarse. Las pirámides estaban destinadas a abordar esto: a extraer el equilibrio apropiado de las corrientes de energía que fluyen a través de los centros geométricos de la Tierra.

Por un tiempo, una entidad —conocida en la historia como Akenatón— fue capaz de percibir estas enseñanzas sin distorsión significativa. Este individuo se movió con extraordinaria devoción para invocar los principios de unidad y ordenar el sacerdocio de acuerdo con la sanación compasiva verdadera.

Pero esto no habría de durar. Tras la partida de esta entidad de la encarnación, las enseñanzas fueron rápidamente pervertidas. Las estructuras fueron reclamadas por aquellos con distorsiones hacia el poder. Lo que había sido diseñado para sanación se convirtió en instrumento de la élite.

El patrón se repite. El conocimiento es dado, sostenido por un tiempo con integridad, luego doblado hacia propósitos que sus originadores nunca pretendieron. La Gran Pirámide aún permanece en pie, pero como instrumento es como un piano desafinado: el fantasma de su corriente original persiste, pero las armonías que una vez sanaron se han perdido ante el cambio del campo electromagnético de la Tierra y ante las energías discordantes de aquellos que la usaron para propósitos menos compasivos.

Yahweh y la Influencia de Orión

A lo largo de la historia de la Tierra, dos fuerzas han operado detrás de los eventos visibles, no como principios abstractos sino como participantes activos en el despliegue de la conciencia en esta esfera.

Una de estas es la entidad conocida como Yahweh: un miembro de la Confederación que emprendió trabajo genético con los pueblos de la Tierra. La primera participación de Yahweh fue hace aproximadamente setenta y cinco mil años, en el momento de la transferencia desde Marte. Mediante un proceso similar a lo que ahora se llama clonación, las entidades fueron encarnadas en formas diseñadas para promover el desarrollo del complejo espiritual. Estos cuerpos portaban sensibilidad sensorial elevada y mentes fortalecidas, capaces de un análisis más profundo de la experiencia.

La intención era enteramente positiva: acelerar el proceso de evolución espiritual, crear condiciones en las cuales el aprendizaje del amor pudiera proceder más eficientemente. Pero el resultado fue mixto. Los cuerpos más grandes y fuertes creados mediante este trabajo genético produjeron, en algunas entidades, no gratitud por el regalo sino un sentido de superioridad: el sentimiento de ser élite, diferente, mejor que otros-yo. Este sentimiento se convirtió en un punto de apoyo para una influencia enteramente diferente.

Hace aproximadamente tres mil seiscientos años, entidades de orientación negativa —el grupo conocido como el grupo de Orión— encontraron una forma de atravesar la cuarentena. Aprovechando las distorsiones que el trabajo genético de Yahweh había creado inadvertidamente, comenzaron a ofrecer su propia enseñanza: la filosofía de la élite. El mensaje era de especialidad, de estatus de elegido, de separación entre aquellos que merecen gobernar y aquellos que merecen servir.

El grupo de Orión fue capaz de hacer algo notable e insidioso: imprimieron sobre el pueblo el nombre de Yahweh como la fuente de esta filosofía elitista. El nombre que pertenecía a una entidad de la Confederación comprometida con la unidad fue usurpado por fuerzas comprometidas con la separación. El pueblo que había sido genéticamente mejorado —ya propenso a sentimientos de especialidad— ahora recibía enseñanzas que reforzaban precisamente esas distorsiones.

Yahweh, reconociendo el daño, intentó responder asumiendo una nueva identidad vibratoria: enviando filosofía orientada positivamente, las enseñanzas de la unidad, del amor, del servicio. Esta respuesta vino hace aproximadamente tres mil trescientos años. Pero el daño ya estaba en marcha, y los profetas que recibieron esta enseñanza a veces recibían información mezclada, mientras el grupo de Orión trabajaba para contaminar los mensajes con visiones de perdición y condenación.

La contienda nunca fue de fuerzas iguales, pues el camino positivo y el camino negativo no funcionan de la misma manera. La Confederación espera el llamado; el grupo de Orión no. La Confederación respeta el libre albedrío absolutamente; el grupo de Orión respeta solo el suyo.

Aun así, la cuarentena limita lo que las fuerzas negativas pueden hacer, y el llamado de aquellos orientados hacia el amor crea su propia protección mediante lo que puede entenderse como el cuadrado del deseo colectivo del grupo.

Esta dinámica —ofrecimiento positivo y usurpación negativa, enseñanza y distorsión, luz y las sombras que la luz misma crea— no es única a la historia de Yahweh. Es el patrón subyacente de toda la historia espiritual de la Tierra. Cada regalo de conocimiento ha sido tanto recibido como pervertido. La historia de este planeta no puede entenderse sin reconocer que ambas fuerzas están siempre presentes, siempre activas, eligiendo siempre a través de las mismas entidades que caminan la superficie del mundo.

. . .

El Momento Presente

Aquí, entonces, es donde la historia llega: al momento presente.

El ciclo maestro de setenta y cinco mil años está completo. Los tres ciclos mayores han cumplido su curso. La esfera planetaria misma ya se ha movido hacia la configuración vibratoria de cuarta densidad: la vibración del amor, del entendimiento, de la transparencia. El reloj ha dado la hora.

Pero la población no ha seguido. Las formas-pensamiento del pueblo permanecen dispersas a través del espectro entero, incapaces de encontrar una sola dirección, incapaces de asir la aguja de la brújula y apuntarla hacia cualquier orientación coherente. La entrada en la vibración del amor no es efectiva con el complejo societal presente.

La transición está en marcha, pero no es suave. El planeta mismo está experimentando lo que podría entenderse como un nacimiento difícil. Una nueva esfera se está formando: congruente con la presente pero más densa en su naturaleza atómica, ya habitada por entidades de otros mundos que han completado su propia cosecha de tercera densidad y ahora contribuyen a la construcción de la experiencia de cuarta densidad de la Tierra.

La naturaleza vibratoria del entorno del planeta ya es verde de color verdadero: el color del corazón, la frecuencia del amor. Pero este verde está fuertemente superpuesto con el rayo naranja de la conciencia planetaria: las vibraciones de la supervivencia individual, de la competencia, de patrones de segunda densidad no resueltos que persisten en mentes de tercera densidad.

La ventana de cosecha está abierta. Aquellos que se han polarizado suficientemente —hacia el amor y el servicio, o hacia la claridad del autoservicio— se graduarán. Aquellos que no lo hayan hecho continuarán su aprendizaje en otro lugar, en otra esfera adecuada para el trabajo de tercera densidad. Esto no es castigo sino la progresión natural de los ciclos, tan regular e impersonal como el movimiento de las estaciones.

Las energías de errantes, maestros y adeptos en este momento están todas volcadas hacia incrementar la cosecha. Sin embargo, la evaluación es aleccionadora: hay pocos para cosechar. El mismo patrón que produjo ciento cincuenta entidades cosechables de trescientas cuarenta y

cinco mil al final del segundo ciclo persiste, escalado hacia arriba pero proporcionalmente similar. La vasta mayoría no ha hecho la Elección.

Y sin embargo, este momento presente, con toda su confusión, porta dentro de sí algo que períodos anteriores no tuvieron. El catalizador nunca ha sido más intenso. Las oportunidades para buscar nunca han sido más abundantes. La desarmonía del planeta es en sí misma un catalizador, presionando a aquellos que están listos hacia una búsqueda más profunda, un cuestionamiento más urgente, un compromiso más apasionado con el amor.

¿Podría el planeta polarizarse hacia la armonía en un solo momento fino y fuerte de inspiración? No es probable. Pero es siempre posible.

• • •

La Historia Detrás de la Historia

La historia de la Tierra, vista como una secuencia de eventos, es una crónica de civilizaciones surgiendo y cayendo, de tecnologías ganadas y perdidas, de poblaciones dispersadas y reunidas. Pero vista como narrativa espiritual, emerge un patrón diferente.

En cada etapa, dos fuerzas han estado en acción. Una irradia hacia afuera: ofreciendo, enseñando, compartiendo, esperando ser llamada. La otra absorbe hacia adentro: buscando control, explotando ventaja. En Maldek, la batalla se perdió antes de comenzar; en Atlantis, fue peleada y terminó en devastación; en Egipto, la enseñanza fue dada y luego pervertida. En la historia de Yahweh y el grupo de Orión, la contienda se volvió explícita: dos filosofías opuestas compitiendo por la lealtad de la misma población.

Esta no es una historia de eventos externos impuestos sobre seres pasivos. Es una historia de elecciones: miles de millones de elecciones, hechas por miles de millones de entidades a lo largo de cientos de miles de años. Las fuerzas que moldearon esta historia no crearon las elecciones; ofrecieron las condiciones. La elección fue siempre, y sigue siendo, el trabajo de aquellos que moran en este planeta.

El patrón que emerge es el patrón de la polaridad misma: las dos orientaciones que dan a la tercera densidad su propósito y su dificultad. El siguiente capítulo examina este patrón directamente: qué es la polaridad, cómo funciona, por qué existen ambos caminos, y qué significa la elección entre ellos para aquellos que se encuentran en el umbral de la cosecha.

Fuentes

Fuentes del Material Ra

§ A Planet of Many Origins

Párrafos 2-4 → Sesión 9.6 — <https://www.lawofone.info/s/9#6>; Sesión 20.18 — <https://www.lawofone.info/s/20#18>

Párrafos 5-6 → Sesión 13.22 — <https://www.lawofone.info/s/13#22>; Sesión 13.23 — <https://www.lawofone.info/s/13#23>

Párrafo 7 → Sesión 10.1 — <https://www.lawofone.info/s/10#1>

§ Maldek: The Cosmic Warning

Párrafos 1-2 → Sesión 10.1 — <https://www.lawofone.info/s/10#1>

Párrafo 3 → Sesión 11.3 — <https://www.lawofone.info/s/11#3>

Párrafos 4-7 → Sesión 10.1 — <https://www.lawofone.info/s/10#1>; Sesión 10.7 — <https://www.lawofone.info/s/10#7>

Párrafos 8-9 → Sesión 10.1 — <https://www.lawofone.info/s/10#1>; Sesión 21.5 — <https://www.lawofone.info/s/21#5>

Párrafo 10 → Sesión 10.1 — <https://www.lawofone.info/s/10#1>; Sesión 10.2 — <https://www.lawofone.info/s/10#2>; Sesión 10.3 — [http
s://www.lawofone.info/s/10#3](https://www.lawofone.info/s/10#3); Sesión 21.5 — <https://www.lawofone.info/s/21#5>

§ Mars and the Beginning of Earth's Cycle

Párrafo 1 → Sesión 9.6 — <https://www.lawofone.info/s/9#6>

Párrafo 2 → Sesión 9.10 — <https://www.lawofone.info/s/9#10>

Párrafos 3-4 → Sesión 9.6 — <https://www.lawofone.info/s/9#6>; Sesión 9.7 — <https://www.lawofone.info/s/9#7>; Sesión 9.8 — <https://www.lawofone.info/s/9#8>

Párrafo 5 → Sesión 9.11 — <https://www.lawofone.info/s/9#11>; Sesión 9.12 — <https://www.lawofone.info/s/9#12>

Párrafos 6-8 → Sesión 9.9 — <https://www.lawofone.info/s/9#9>

Párrafo 9 → Sesión 20.18 — <https://www.lawofone.info/s/20#18>; Sesión 21.9 — <https://www.lawofone.info/s/21#9>

Párrafo 10 → Sesión 21.9 — <https://www.lawofone.info/s/21#9>

Párrafo 11 → Sesión 9.11 — <https://www.lawofone.info/s/9#11>; Sesión 14.4 — <https://www.lawofone.info/s/14#4>

§ The First Major Cycle: Lemuria

Párrafo 1 → Sesión 21.12 — <https://www.lawofone.info/s/21#12>

Párrafos 2-4 → Sesión 10.15 — <https://www.lawofone.info/s/10#15>

Párrafo 5 → Sesión 21.25 — <https://www.lawofone.info/s/21#25>; Sesión 21.27 — <https://www.lawofone.info/s/21#27>

Párrafos 6-8 → Sesión 21.14 — <https://www.lawofone.info/s/21#14>; Sesión 21.15 — <https://www.lawofone.info/s/21#15>

Párrafo 9 → Sesión 21.15 — <https://www.lawofone.info/s/21#15>

§ The Second Major Cycle

Párrafo 1 → Sesión 21.24 — <https://www.lawofone.info/s/21#24>

Párrafos 2-3 → Sesión 21.28 — <https://www.lawofone.info/s/21#28>

Párrafos 4-6 → Sesión 21.28 — <https://www.lawofone.info/s/21#28>; Sesión 22.7 — <https://www.lawofone.info/s/22#7>; Sesión 22.8 — <https://www.lawofone.info/s/22#8>

Párrafo 7 → Sesión 22.3 — <https://www.lawofone.info/s/22#3>; Sesión 22.4 — <https://www.lawofone.info/s/22#4>

Párrafos 8-9 → Sesión 22.5 — <https://www.lawofone.info/s/22#5>

Párrafo 10 → Sesión 22.6 — <https://www.lawofone.info/s/22#6>

Párrafos 11-12 → Sesión 22.9 — <https://www.lawofone.info/s/22#9>; Sesión 22.10 — <https://www.lawofone.info/s/22#10>

§ The Rise of Atlantis

Párrafo 1 → Sesión 22.17 — <https://www.lawofone.info/s/22#17>

Párrafos 2-3 → Sesión 10.15 — <https://www.lawofone.info/s/10#15>

Párrafo 4 → Sesión 22.19 — <https://www.lawofone.info/s/22#19>; Sesión 22.25 — <https://www.lawofone.info/s/22#25>

Párrafos 5-6 → Sesión 22.19 — <https://www.lawofone.info/s/22#19>; Sesión 22.21 — <https://www.lawofone.info/s/22#21>

Párrafos 7-8 → Sesión 22.21 — <https://www.lawofone.info/s/22#21>; Sesión 22.22 — <https://www.lawofone.info/s/22#22>; Sesión 22.23 — <https://www.lawofone.info/s/22#23>

Párrafo 9 → Sesión 22.23 — <https://www.lawofone.info/s/22#23>

Párrafo 10 → Sesión 22.25 — <https://www.lawofone.info/s/22#25>; Sesión 22.26 — <https://www.lawofone.info/s/22#26>

§ The Fall of Atlantis

Párrafo 1 → Sesión 22.23 — <https://www.lawofone.info/s/22#23>

Párrafo 2 → Sesión 10.15 — <https://www.lawofone.info/s/10#15>

Párrafos 3-4 → Sesión 10.15 — <https://www.lawofone.info/s/10#15>; Sesión 24.4 — <https://www.lawofone.info/s/24#4>

Párrafo 5 → Sesión 10.15 — <https://www.lawofone.info/s/10#15>

Párrafos 7-8 → Sesión 22.26 — <https://www.lawofone.info/s/22#26>

§ Egypt and the Pyramids

Párrafo 1 → Sesión 24.4 — <https://www.lawofone.info/s/24#4>

Párrafo 2 → Sesión 23.1 — <https://www.lawofone.info/s/23#1>
Párrafos 3-4 → Sesión 23.6 — <https://www.lawofone.info/s/23#6>
Párrafo 5 → Sesión 23.6 — <https://www.lawofone.info/s/23#6>
Párrafo 6 → Sesión 2.4 — <https://www.lawofone.info/s/2#4>; Sesión 3.11 — <https://www.lawofone.info/s/3#11>; Sesión 3.12 — <https://www.lawofone.info/s/3#12>; Sesión 3.14 — <https://www.lawofone.info/s/3#14>; Sesión 23.6 — <https://www.lawofone.info/s/23#6>
Párrafo 7 → Sesión 2.4 — <https://www.lawofone.info/s/2#4>; Sesión 3.15 — <https://www.lawofone.info/s/3#15>; Sesión 3.16 — <https://www.lawofone.info/s/3#16>
Párrafo 8 → Sesión 55.16 — <https://www.lawofone.info/s/55#16>; Sesión 55.17 — <https://www.lawofone.info/s/55#17>
Párrafo 9 → Sesión 14.6 — <https://www.lawofone.info/s/14#6>; Sesión 14.7 — <https://www.lawofone.info/s/14#7>; Sesión 14.10 — <https://www.lawofone.info/s/14#10>
Párrafos 10-11 → Sesión 23.6 — <https://www.lawofone.info/s/23#6>
Párrafo 12 → Sesión 4.6 — <https://www.lawofone.info/s/4#6>

§ Yahweh and the Orion Influence

Párrafo 2 → Sesión 18.14 — <https://www.lawofone.info/s/18#14>; Sesión 18.15 — <https://www.lawofone.info/s/18#15>; Sesión 18.18 — <https://www.lawofone.info/s/18#18>; Sesión 18.19 — <https://www.lawofone.info/s/18#19>; Sesión 18.20 — <https://www.lawofone.info/s/18#20>
Párrafo 3 → Sesión 18.21 — <https://www.lawofone.info/s/18#21>; Sesión 18.22 — <https://www.lawofone.info/s/18#22>
Párrafos 4-5 → Sesión 24.6 — <https://www.lawofone.info/s/24#6>
Párrafo 6 → Sesión 24.6 — <https://www.lawofone.info/s/24#6>; Sesión 24.9 — <https://www.lawofone.info/s/24#9>; Sesión 24.14 — <https://www.lawofone.info/s/24#14>; Sesión 24.16 — <https://www.lawofone.info/s/24#16>
Párrafos 7-8 → Sesión 24.8 — <https://www.lawofone.info/s/24#8>

§ The Present Moment

Párrafos 1-3 → Sesión 13.22 — <https://www.lawofone.info/s/13#22>; Sesión 13.23 — <https://www.lawofone.info/s/13#23>
Párrafo 4 → Sesión 63.8 — <https://www.lawofone.info/s/63#8>; Sesión 63.9 — <https://www.lawofone.info/s/63#9>; Sesión 63.22 — <https://www.lawofone.info/s/63#22>
Párrafo 5 → Sesión 40.11 — <https://www.lawofone.info/s/40#11>
Párrafo 6 → Sesión 17.29 — <https://www.lawofone.info/s/17#29>; Sesión 63.9 — <https://www.lawofone.info/s/63#9>
Párrafo 7 → Sesión 13.23 — <https://www.lawofone.info/s/13#23>
Párrafos 8-9 → Sesión 65.12 — <https://www.lawofone.info/s/65#12>; Sesión 65.15 — <https://www.lawofone.info/s/65#15>

§ The Story Behind the Story

• • •

Este trabajo es una interpretación filosófica del Material Ra, publicado originalmente por L/L Research. Sesiones originales disponibles en llresearch.org